

UNIDAD DIDÁCTICA 8:

RECURSOS DIDÁCTICOS: EL CUENTO, LA TELEVISIÓN, LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS.

OBJETIVO:

Conocer los recursos didácticos y las nuevas tecnologías que podemos utilizar en la Educación Infantil para ayudar al niño en su desarrollo.

Para el desarrollo de esta Unidad Didáctica vamos a tratar los siguientes puntos:

- ✚ El cuento.
- ✚ La televisión.
- ✚ La influencia del cine y la publicidad en la infancia.
- ✚ Criterios de selección y utilización de materiales audiovisuales y de las nuevas tecnologías en educación infantil.

EL CUENTO.

El cuento, juntamente con la novela y el relato (o novela corta), pertenece a la épica que constituye un género narrativo en el que se cuenta el camino vital del hombre, se describen sucesos en los que éste participa o acciones que lleva a cabo, y se muestran las relaciones de los hombres entre sí.



La particularidad del cuento es que éste habla de un acontecimiento aislado en la vida de una persona.

Es interesante observar cómo este género literario se halla presente en todas las culturas y en todas las épocas históricas, tanto en su tradición oral (folclórica) como escrita.

Pensemos en ese caudal inmenso de cuentos aislados o en forma de colecciones que nos ha transmitido la cultura popular más antigua y el papel de inculturización y socialización en las distintas generaciones que han ido jugando (por ejemplo, su función en los ritos propiciatorios o de iniciación en determinadas etapas de la humanidad).

Los cuentos tienen un gran valor pedagógico ya que son una ventana abierta a la magia, a la fantasía, a la imaginación y al mundo interior de los niños.

Los cuentos, sobre todo, los tradicionales de hadas, facilitan a los niños mucha información sobre la vida, las contrariedades, los éxitos, los fracasos y la manera de enfrentarse a ellos. Les mandan el mensaje optimista y tranquilizador de que con esfuerzo y valor se pueden superar todos los conflictos que se presentan de una manera satisfactoria y feliz.

Estas historias les hablan en un lenguaje anímico que es el que entienden en este periodo de su vida. Para un niño, lo más natural es que los animales hablen, sientan y piensen, porque tienen vida como ellos. Los personajes mágicos, hadas, duendes y brujos, les indican con sus acciones un modelo, una forma de reaccionar y de ser que está muy de acuerdo con su experiencia personal de lo que es la vida.

Por otro lado, el acto de leer un cuento tiene un valor didáctico en sí mismo, en cuanto que es una aproximación del niño a la lectura. Al margen del contenido del cuento, el niño presencia un acto de leer, tiene la oportunidad de apreciar que las expresiones y la construcción del lenguaje son diferentes cuando se habla o se escribe, y de valorar lo importante que es poder descifrar un texto, porque nos permite enterarnos de una historia. Muchas veces los chicos, espontáneamente y movidos por su propio interés, preguntan por determinadas palabras, o nombres (¿dónde pone “lobo”? ¿dónde “Pulgarcito”?) para recordarlas y luego reconocerlas y escribirlas.

En otras ocasiones el cuento da lugar a actividades de carácter expresivo y plástico. Así un cuento muy conocido contado varias veces puede ser escenificado por los niños y niñas. Esto da lugar a confeccionar muchos elementos necesarios: disfraces, caretas, accesorios... que impulsan y motivan un interesante trabajo plástico.

La universalidad cultural e histórica del cuento, el hecho de su brevedad y concisión, su redondez argumental, están a su favor a la hora de su tratamiento pedagógico y didáctico. Su capacidad de integrar progresivamente otros elementos como la descripción y el diálogo, así como la complejidad creciente y el enriquecimiento de los personajes, posibilitan su tratamiento desde los niveles cronológicos más bajos hasta los más altos.

El cuento establece un orden en la sucesión de la acción, a la vez que acota los espacios en que ésta sucede. La descripción, aunque sucinta, es definitiva. Pero desde sus fórmulas de inicio –erese una vez, hace muchos, muchísimos años-, fomentan el distanciamiento que remita a lo genéricamente alejado en el tiempo y en el espacio, aunque sin mayores precisiones. La continuidad ordenada de los hechos, en cierto modo, organiza la memoria. Que el relato tenga principio y fin afirma el concepto de duración y el hecho de que el relato tenga planeamiento, nudo y desenlace –más destacados en el teatro- parece esencial para demostrar que el tiempo no constituye un concepto abstracto, sino que está ocupado por hechos palpables y verificables. La memoria aquí se adueña del tiempo y es capaz de actuar sobre la realidad de las cosas en la mente del niño.

En el cuento oral las relaciones afectivas que se establecen entre el narrador adulto y el niño oyente también tienen su repercusión en el concepto de tiempo. Al adulto, en general, se le atribuye la sabiduría en función del tiempo: es otra valoración, cualitativa, del tiempo. Por otra parte, el afianzamiento de la memoria es superior ante el cuento narrado que ante el cuento leído. En el primer caso la intervención oral del adulto favorece la comprensión del texto y su fijación de forma asombrosa en la memoria, lo que equivale a la pervivencia del relato. La ayuda que en este sentido prestan el disco y la cassette no son despreciables, siempre que los apoyos de la música y efectos especiales sean sobrios y que la presentación del texto acentúe más lo sugestivo que lo descriptivo.



La misma precaución hay que tener cuando el cuento se transmite por imágenes –cine, televisión, vídeo- ya que el niño puede quedar absorto ante la sucesión de imágenes muy sugestivas y perder el hilo del relato.

En todas estas ocasiones se recurre a la adaptación lingüística, imprescindible para el tratamiento sonoro y todavía más para el audiovisual, en los que hay que evitar las aportaciones verbales redundantes. El texto, sin duda, queda debilitado, aunque debe reforzarse con la expresividad y la adecuación de las voces. Pero en la adaptación de los diálogos hay que distinguir entre lo realista y lo eficaz. También aquí el lenguaje levemente arcaizante, que no caduco, resulta atractivo. Para el cuento filmado se admite que el dibujo surte más efecto que la fotografía. Lo mismo sucede en el libro de cuentos.

En cualquier caso, debe cuidarse la eficacia comunicativa del cuento, que equivale en gran medida a su fijación en la memoria, y depende mucho de su capacidad de ensoñación. La historia presentada tiene que ser extraordinaria por sí misma, pero en el marco del que se la rodea y el que le sirve de escenario para la acción, también tiene su importancia.

La hora del cuento es un momento de tranquilidad y reposo, por ello, en la etapa de la Educación Infantil supone un recurso insustituible, siendo necesario establecer los momentos en que se utilizará el mismo.

Como criterio general, se llevará a cabo esta actividad todos los días de la semana, durante un tiempo variable entre 10 y 20 minutos. Se realiza en la alfombra, con los alumnos sentados en corro o de cara al texto si se van a enseñar imágenes. Esta actividad cumple varios objetivos:

- ✚ Es un punto de referencia para los niños, que saben que con esta actividad empieza la sesión de la tarde (por ejemplo).
- ✚ Les permite un rato de descanso y relajación (al elaborar el horario se tendrá esto en cuenta, de modo que el cuento prosiga a una actividad que ha requerido esfuerzo por parte de los niños, con el objeto de ir alternando actividad y descanso).
- ✚ Según el tema que trate el cuento se conseguirán otros objetivos.

Los cuentos de hadas les brindan a los niños la oportunidad de enfrentarse, de forma distante, con las situaciones que reclaman estas soluciones, de contemplar la naturaleza problemática de la vida, con la posibilidad de vencer las dificultades sin claudicar ante las tentaciones de evasión. Se cumple así la función de compartir sueños, sin necesidad de inventárselos.

Hasta cierto punto los cuentos cumplen la función de breves tratados de educación. Y mediante la meditación sobre acciones en las que aparecen situaciones intrincadas, plagadas de obstáculos y enemigos, hermanos envidiosos y hostiles, desgracias imprevistas, el niño se aproxima a la madurez. Los cuentos presentan héroes positivos, y esto es decisivo para una edad en que el niño se identifica más con las personas que con los temas.



Aparecen también héroes problemáticos cuya personalidad, cambiante e indecisa, se transfigura de acuerdo con la luz que se arroja sobre ellos. Y, finalmente, aparecen contramodelos, o sea, aquellos personajes que exhiben contravalores: egoísmo, maldad, codicia, violencia.

A la hora de seleccionar los cuentos debemos fijarnos en los siguientes criterios:

- ✚ Extrema sencillez y linealidad en la narración, de manera que las escenas tengan una sucesión mínimamente lógica para que el niño pueda seguir su desarrollo y visualizarlas, al mismo tiempo que sobriedad en sus descripciones.
- ✚ Un reducido número de personajes muy nítidamente caracterizados, con ausencia de seres complicados y situaciones simultáneas y complejas, en las que se haga un análisis de los sentimientos y motivaciones que han llevado a cualquier personaje a actuar de una forma determinada, ya que el niño, no lo aceptaría por su escasa capacidad analítica; situaciones en las que se eluda un “mientras”, a favor de un “después” o simplemente un “entonces”, propenso a escenas de carácter repetitivo tan del gusto de la infancia.
- ✚ Gracia, frescura y riqueza de un lenguaje rápido y esencial con referencias a la experiencia concreta. Hay que propiciar el amor por lo

bello expresado no sólo en las cualidades del héroe o en el tema desarrollado, sino también en la forma literaria, por lo que buscaremos aquellas historias que llamen la atención por la sonoridad de su lenguaje y no por su cursilería o ñoñez.

- ✚ Buscaremos en ocasiones lo no familiar, historias que estimulen siempre la imaginación de los niños, que vayan enriqueciendo su fantasía al huir de lo meramente utilitario, que contengan algún elemento que les provoque la risa, aunque nunca satíricos ni irónicos porque no los entenderían, que les despierte el ingenio o les desarrolle su capacidad de raciocinio, siempre y cuando queden dentro del interés y la capacidad de los niños en cuestión.
- ✚ Por último, no debemos introducir elementos que produzcan miedo o algún tipo de angustia que puedan incidir negativamente sobre la esfera emotivo-afectiva del niño, pues aunque el miedo es un sentimiento natural y constitutivo de la especie humana y, por ello, no es negativo en sí mismo y quizá sea inevitable que el niño lo sienta, no quiere ello decir que sea pedagógicamente aceptable administrar historias terroríficas a la infancia.

Historias en las que se manejen sentimientos, pero nunca un sentimentalismo blandengue; ni pensamos que sea conveniente la introducción de cualquier tipo de moraleja expresa, ya que la posible “lección” dimana de la acción de los personajes y el fin último de la narración de cuentos no debe ser la enseñanza moral.

Todas las características anotadas anteriormente son aplicables tanto a los cuentos populares como a ciertas creaciones de la literatura infantil contemporánea que han hecho aportaciones de tanto interés al campo de las narraciones orales para los pequeños, pues han sabido crear cuentos basándose en las estructuras de aquellos otros conocidos por todos, tomando ellos como punto de partida su ritmo y su orden interno.

Cómo narrar los cuentos.

El conocimiento del público y la elección de la historia adecuada para el mismo, no es suficiente para lograr el éxito de la experiencia, ya que se erige en ella como transmisor fundamental el narrador o cuentero de cuya eficacia depende en gran parte la acogida que pueda tener el cuento en estos primeros años, por lo que es fundamental que la historia se adapte también a su propio gusto para que pueda vivirla y sentirla, ya que al tratarse la narración de una experiencia compartida nunca se podrá transmitir aquello que previamente no se ha poseído.

La forma de contar los cuentos varía. Unas veces se leen al tiempo que se muestran las ilustraciones, otras, se cuentan sin ningún apoyo visual; a veces, se dramatizan en el guiñol con aparición de personajes... En cada caso, se elige la manera de contar que más se adapta al contenido del cuento. Por ejemplo, los populares y conocidos (Caperucita Roja, Pulgarcito, Los siete cabritillos...) resultan más ricos y participativos si se cuentan sin ceñirse al

texto. Así se facilita la intervención de los niños, según las versiones que ellos mismos conocen, se puede jugar a variar la historia y a mezclarla con otras para que ellos la corrijan, aumentando su atención y favoreciendo el dinamismo del grupo.

El narrador necesita hacer suya la historia para que fluya sin esfuerzo, con una aparente sencillez y con un tono armónico; para ello será indispensable introducirse dentro, concentrarse en ella hasta poder vivirla y de este modo transmitir su propia experiencia por medio de una doble aproximación: conceptual y formal.

Aproximación conceptual. Una vez seleccionada la historia y conocido su tema, las lecturas subsiguientes nos harán concentrar la atención en los acontecimientos que se suceden; iremos descubriendo dónde reside el mayor interés, cuáles son los momentos de más emoción, qué ambiente predomina en la historia. Nos iremos adentrando en ella considerada como un todo para asimilar su estructura y visualizar las distintas escenas, poco a poco iremos viendo a cada uno de los personajes y los ambientes en los que actúan: cómo son, qué edad, qué aspecto tienen, cómo es el bosque o el castillo, qué época del año es, cómo huele, a qué sabe...

La línea argumental no debe ser alterada; es importante captar dónde se inicia la acción, cómo se desarrolla hasta llegar al clímax y cómo se va acelerando hasta el final; qué momentos descriptivos o simplemente de transición podemos encontrar y qué efectos tienen para poder asimilar no sólo el ritmo que impera en la narración, sino el adecuado a cada una de sus partes, captando la diferencia entre el ritmo lento propio de la descripción, la actualización que suponen los diálogos o el propiamente narrativo.

Aproximación formal. La narración se corporeiza a través de una forma literaria que habrá de estudiar para asimilar su estilo, la sonoridad, el colorido de las palabras, para poder retener el sabor original de la historia. Tendremos que conjugar una cierta libertad expresiva con la reproducción exacta de aquellos parajes especialmente bellos o la memorización de rimas y expresiones o frases concretas que cíclicamente se repiten a lo largo del desarrollo de la narración, cargándola de efecto dramático; por ejemplo, las que entrecruzan el lobo y los cerditos antes de intentar destruir cada una de las casas, o las pronunciadas por la madrastra de Blancanieves ante su espejo mágico. Asimismo, no se deben olvidar los nombres de los personajes, ni la fórmula de inicio: “érase una vez...”, que sirve de pórtico para introducirnos en el mundo mágico de los cuentos, ni la fórmula final: “... y fueron felices y comieron perdices...” que actúa de puente para devolvernos a la realidad. Es interesante buscar distintas fórmulas tradicionales de principio y fin de relato e insistir en cada una de ellas para que las reconozcan.

Una vez estudiada la historia hay que practicar, mejor en voz alta, porque al mismo tiempo que se van descubriendo matices nuevos, se detectan los propios fallos y se perfila la narración. Esta repetición hará que nos olvidemos de nosotros mismos y nos entreguemos a la historia; sin ningún



esfuerzo de memoria fluyen las palabras en la libertad inconsciente del recuerdo.

El elemento esencial con que cuenta el narrador es el cultivo de su voz, complementado con su gesto y, cuando lo precise, con la mímica del ademán con los que puede, además de narrar una historia, crear un ambiente a través de su sentimiento para que el niño no sólo escuche, sino que a partir de la palabra evoque significados, comprenda el mensaje y vaya creando sus propias imágenes, ya que el narrador no debe tener voluntad sólo de transmitir un mensaje y de hacerlo con claridad, sino además de transmitirlo de una manera especial, haciendo un uso de la lengua con voluntad de estilo. Para ello es imprescindible revivir el cuento mientras lo narra porque, si no consigue verlo, oírlo y sentirlo totalmente, no disfruta y desde luego no logrará transmitirlo en sensaciones; igualmente habrá que introducirse dentro del personaje y vivir su problema.

No podemos olvidar que el narrador no es más que un medio de transmisión, nunca un fin en sí mismo, y siendo fundamental el contacto visual con los niños, habrá que evitar todos aquellos ademanes o movimientos que puedan distraer la atención de los oyentes.

No es necesario gritar, pero sí es imprescindible una impecable vocalización que nos obligará a hablar de forma más lenta y reposada en los momentos requeridos por el desarrollo de la historia, y en aquellos en los que el ritmo se acelera, hará nuestra palabra absolutamente comprensible.

Muy efectiva puede ser la utilización adecuada de pausas acompañadas de cambios en el tono de voz, ya que con ellos podemos realzar los momentos dramáticos de la historia, o indicar un cambio de ritmo, o nos pueden ayudar a destacar una palabra importante.

El narrador determina y establece el ambiente y debe mantenerlo. Podemos hacer una breve introducción que prepare el ánimo y facilite la recepción, en la que siempre proporcionemos el título, su autor y mostremos el libro que contiene lo que vamos a decir. A veces, por las características del cuento, conviene dar alguna nota del contexto que facilite su comprensión, sin desvelar más de lo necesario, y justo aquello que provoque mayor curiosidad.

Una vez iniciada la narración no debe interrumpirse por nada, porque el encanto de ese momento mágico quedaría roto. Ante la posibilidad de un oyente que enreda, siempre podemos utilizar algún recurso simple pero efectivo: un cambio de voz, una mirada profunda, una aproximación corporal, e incluso, una frase alusiva en medio del discurso, pero nunca quebrar. Tampoco nos detengamos a explicar aquellas palabras que intuimos que no va a entender, para ello hemos tenido la introducción, si realmente son importantes, porque a veces se incluyen sólo por su sonoridad, y otras quedan aclaradas por el contexto.

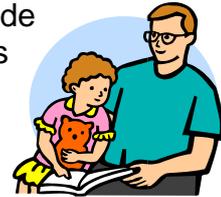
En el caso de que surja algún problema y el narrador “pierda la palabra” es importante que los niños no intuyan el fallo o el olvido: puede obviar el pasaje si no es fundamental, pero en el caso de que sea clave en el desarrollo de la historia o de que no pueda poner en marcha su capacidad de reacción, sin duda, lo mejor será acudir al libro que lo tenemos al lado; nunca volver atrás.

Aunque no debemos ser exhaustivos a la hora de programar actividades en torno a una narración, el abanico de posibilidades que ofrecen los cuentos para niños de Educación Infantil es muy amplio y las podríamos agrupar en:

1. Escuchar.
2. Comentar.
3. Ilustrar.
4. Dramatizar.
5. Crear sobre ellos.

1. No se trata sólo de actividades de escucha a un narrador preparado, sino a un compañero que cuenta una historia o cualquiera o que expresa lo que piensa o lo que siente. Escucha activa, que podemos comprobar si en algún momento efectuamos una narración o lectura equivocada en la que inmediatamente detectarán los gazapos que hemos incluido, que va desarrollando unas normas de comportamiento que enseñan a no interrumpir y a participar cuando llegue el momento y de forma ordenada.

2. El comentario oral con el adulto y entre ellos mismos puede ayudar a simular el cuento, a relacionarlo con otros hechos de la vida familiar, a afianzar su sistema de valores, agudizar su sentido del humor al tiempo que desarrolla el lenguaje y despliega su imaginación creadora. El adulto debe estimular el diálogo, intervenir para favorecer la comunicación, aclarar detalles, dirimir una discusión o inducir a una mejor expresión. Los elementos a comentar son distintos, se desprenden de las características de cada historia, pero siempre habrá un personaje, una acción, un objeto, un paisaje que atraiga especialmente la atención de los niños, y que se pueda acercar a la vivencia personal de cada uno.



3. La ilustración no constituye un problema para nuestros niños que tienen enorme capacidad para captar y plasmar aquello que desean: bien el personaje preferido, la escena más atractiva, la impresión global que el cuento les ha causado..., que a su vez nos puede servir de punto de partida para que cada uno cuente su propia historia. Si son distintas las escenas podemos tratar de ordenarlas, o elegir entre todas la mejor para crear sobre ella. En fin, las posibilidades son variadísimas.

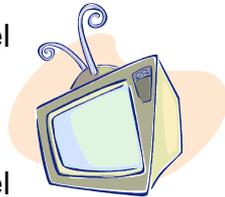
4. Los cuentos pueden constituir una motivación muy especial para el juego dramático, al recrear bien una escena o el desarrollo de una acción más o menos continuada. No se trata de la representación coercitiva de la historia, sino de una recreación libérrima pero que ayuda a la interiorización y a la asimilación de lo dramatizado, al mismo tiempo que desarrolla la expresión corporal y lingüística y la confianza en uno mismo. Mucho más que el resultado final, interesa la participación en el proceso, en el que prácticamente pueden intervenir la totalidad de los

niños si lo desean y la agilidad del mismo, al no precisar de recursos muy especiales. Se pueden utilizar, por supuesto, títeres de guante, aunque ello condicionará el número de participantes.

5. La creación de historias sobre cuentos oídos es algo que no surge espontáneamente, necesitan una ayuda por parte del adulto y como el grupo de actividades anteriores interesa más el proceso que la calidad del resultado. Podemos partir de un dibujo, de una pregunta divergente,...

LA TELEVISIÓN.

La escuela forma a los niños, pero también han de hacerlo el entorno y, básicamente el barrio, la familia y la televisión. Si estos dos importantes agentes educativos realizan una tarea contradictoria con la que se lleva a cabo en los centros, podemos caer en disfuncionalidades graves y fracasos en el intento de conseguir los objetivos que todos pretendemos como asunto social. La colaboración de los padres en la escuela es un factor prioritario para tratar. No se puede formar a nadie sin el trabajo coordinado de padres y escuela. Para conseguir a medio y largo plazo objetivos para erradicar la violencia, el individualismo, la agresividad, la arbitrariedad, la insolidaridad y el maniqueísmo barato, es preciso profundizar en esta coordinación.



El otro factor es la televisión como medio de comunicación más influyente en los niños y niñas, para compensar su influencia necesitamos una colaboración mayor, no sólo de los padres, sino también de otras entidades sociales, que nos permitan introducir el máximo de elementos críticos.

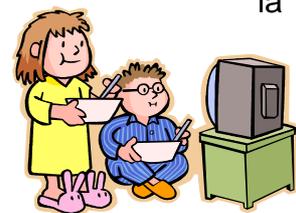
El análisis y el espíritu crítico, además de la colaboración entre el centro docente y los padres, resultan imprescindibles si queremos que las actitudes, los hábitos y las normas se interioricen bien.

“El niño pasa horas delante del televisor”; “lo primero que hace al llegar a casa es enchufar la tele”; “no sé que hacer para evitar que vea tanta televisión”. Manifestaciones como éstas, que resultan familiares probablemente, ponen de manifiesto la existencia de una relación niños/televisión que muchos padres consideran problemática. Y es muy probable que lo sea.

La televisión nos influye a todos. Pero esta influencia puede ser especialmente fuerte en los niños, que se encuentran en un periodo de formación, que son, en consecuencia, más moldeables tanto en el aspecto mental, como en la adquisición de hábitos y actitudes como en el aspecto físico (tendencia a adoptar posturas no demasiado recomendables, poca actividad psicomotriz).

Lo cierto es que la televisión acostumbra a tener un gran éxito entre el público infantil y la mayoría de las veces, mucho más que la escuela. Les ofrece un producto elaborado con la tecnología más sofisticada y unos protagonistas que son auténticos profesionales del medio (los actores). Además le proporciona aprendizajes que le sirven en su vida diaria: lo que ha visto puede servirle para su relación con sus compañeros, en sus juegos, en su habitual actividad como consumidor, etc. La televisión es, sin duda, el medio de comunicación con más incidencia en el conjunto de la población y, en concreto, en la población infantil y juvenil.

Todos los estudios realizados nos dicen que los niños ven mucha televisión, más de tres horas diarias de promedio, contando, naturalmente, los días laborables, los festivos y las vacaciones. También sabemos que ven todo tipo de programas, infantiles y juveniles, pero también concursos, películas y series para los adultos, anuncios, etc.



No obstante, sería un error decir que la televisión es perjudicial. Tiene cosas mejores y peores, pero, en todo caso, es una realidad, un hecho social que integrar, que no podemos rehusar. El problema estriba en el uso que de ella hacemos. Los peligros de la televisión en relación con los niños pueden ser:

- ✚ Fomenta la pasividad. La televisión proyecta imágenes y sonidos sugerentes, a un ritmo ágil... y el espectador tiende a adoptar una actitud pasiva, incluso hasta en la posición delante de la pantalla.
- ✚ Provoca una disminución del rendimiento para la realización de otras actividades e impide la creación de ciertos hábitos positivos. Los niños leen cada vez menos, juegan menos, conviven menos con la familia, pero “pueden ser menos molestos para los adultos”.
- ✚ Adoctrina. La televisión no es nunca neutral ideológicamente. Con la gran incidencia que es propia de este medio, transmite una serie de ideas tales como la dualidad buenos/malos, la violencia como hecho habitual y cotidiano, la discriminación de la mujer, etc.
- ✚ Rompe algo tan fundamental como es la comunicación de la familia. De todos los peligros mencionados, que son relativamente poco importantes, éste es el que podemos considerar mayor. Aunque depende también de otros factores (cansancio de los padres, ambiente cultural), la televisión suele dificultar el diálogo entre los diferentes miembros de la familia. A veces lo único que se oye es su sonido, se sitúa el aparato en el centro del comedor y las personas se sientan alrededor suyo; la hora de la comida, un momento excelente para dialogar, queda malparada por la presencia impertinente de la televisión (aparte de consideraciones de otro calibre, como el perjuicio que ocasiona cuando, por estar atentos a la pantalla, no masticamos bien al comer). La televisión se puede convertir literalmente en un terrible destructor de la verdadera comunicación familiar.

Ante este panorama ¿qué pueden hacer los padres?

En primer lugar cabe decir que la problemática de la relación televisión/niño es compleja y, por tanto, no existen recetas ideales para solucionarla. Cada niño, cada familia, es un mundo diferente y específico; no se puede generalizar lo que se debe hacer para evitar los posibles peligros de la televisión de cara a la formación de los chicos y chicas. Lo que sí podemos, sin embargo, es dar pistas de alternativas que, en general, pueden ser positivas. Y en este sentido, antes que nada, lo importante es reflexionar sobre dos hechos constatables:

- a. La televisión es un fenómeno social de primer orden: está ahí, y por tanto, no la podemos obviar ni rehuir. Hacerlo sería totalmente inútil. El niño ve la televisión, aunque en la casa no la tenga, a través de sus compañeros y, además, la prohibición genera un incremento del interés por la cosa prohibida. La televisión ha de integrarse y, lo que es más importante, plantearse cómo llevar a cabo esta integración para que



resulte positiva. La integración no puede consistir en actitudes drásticas de prohibición, pero evidentemente tampoco en una permisibilidad total. Se trata de encontrar un punto de equilibrio.

- b. Educar al niño en su actitud ante la televisión quiere decir educarlo para crear unas determinadas actitudes y unos determinados hábitos. Y las actitudes se crean en gran parte sobre la imitación de un modelo. En este caso (como en muchos otros) los padres, entre otros, actúan como modelos. Por tanto, la primera pregunta que plantearnos sería posiblemente: ¿qué relación tenemos nosotros adultos, con la televisión? ¿cuál es el modelo que estamos dando a nuestros hijos? Este es un aspecto capital sin el cual no tienen sentido otros que puedan plantearse.

Partiendo de estas dos reflexiones, podemos apuntar algunas alternativas que pueden servirnos de orientación:

- ✚ En primer lugar, un aspecto que puede parecer sin importancia: a ser posible el televisor se ha de situar en un lugar discreto de la casa. Para evitar que se convierta en el elemento protagonista de la vida familiar, ayudará el hecho de que no esté situado físicamente en el centro de ésta, sino que ocupe un lugar secundario.
- ✚ El televisor no se ha de enchufar porque sí ni para ver lo que pongan. Se ha de conectar para ver algo concreto que nos interesa. Esta actitud hará que la televisión llegue a ser una alternativa más, no la alternativa por excelencia.
- ✚ Ver televisión no debe convertirse nunca ni en un premio ni en un castigo, porque entonces estaremos fomentando el deseo de verla e incrementando su valoración.
- ✚ Como en otras actuaciones, los padres deben evitar contradecirse tanto el uno con el otro como consigo mismo. No vale enfadarse porque el niño ve demasiada televisión y, en otro momento, decirle que no moleste y que la encienda.
- ✚ Que los niños se apasionen o no por la televisión depende de diversos factores pero uno de ellos es el hecho de que tengan o no otras alternativas. En este sentido, es necesario fomentar las actividades extraescolares (que no es lo mismo que sobrecargar excesivamente a los niños) y las actividades conjuntas con los padres.
- ✚ El adulto debe compartir, cuando pueda, la visión de los programas para ayudar al niño a criticarlos, a valorarlos. Asimismo es preciso explicarles los trucos de que se sirven para engancharlos.

En relación con este último punto podemos preguntarnos: ¿qué programas pueden ver los niños? La respuesta realista es: todo aquello que no afecte en exceso su sensibilidad (violencia excesiva, pobreza, desgracias, etc.). En todo caso, nunca un programa del que nosotros tengamos duda. Si lo que ha visto le afecta será importante que le ayudemos a desdramatizar la situación: comentándolo, relativizándolo, con humor, etc.

Es preciso preparar al niño para que sepa ubicar la televisión en un conjunto de actividades diversas y prepararlo para que sea capaz de ver todo tipo de programas. Esto es más difícil que simplemente prohibir o consentir.

La televisión es, indiscutiblemente, una fuente de información y una forma de aprendizaje insustituible e irrenunciable. Lo que hace falta es utilizarla adecuadamente.

Aprovechar las características positivas para: conectar con realidades lejanas; permitir la revisión de la realidad; facilitar el acceso al código de la imagen; ser consciente de la necesidad de dominar el código de la imagen para poder servirse de ella y no ser un consumidor pasivo; adquirir defensas frente al medio: capacidad de reflexión, de crítica, de selección, etc.; aprender a utilizar el aparato sin dejar que el medio nos domine; que no sea el centro de nuestro tiempo libre; aprender a enchufar y desenchufar el aparato en lugar de conectar y desconectar la atención; buscar un lugar para el aparato que no sea el centro de la vida familiar y; saber encontrar alternativas a mirar la televisión.

Cada vez la imagen tiene más repercusión social, y éste es un hecho no únicamente indiscutible sino necesariamente asumible por parte de los organismos educativos: la imagen debe pasar a formar parte del currículo del niño de forma clara y definida no como un refuerzo del lenguaje oral o escrito.

Las escuelas y los maestros deben perder la prevención que sienten frente a este lenguaje, no hacer invalidaciones globales de la televisión e intentar que se convierta en un medio más en sus manos.

La televisión es una forma habitual de entrar en contacto con nuevos conocimientos. Si la escuela no es consciente de eso y no convierte la imagen en un medio de trabajo, se encontrará ante el problema de utilizar unos medios de estudios alejados de la realidad.



El punto de partida de la escuela ha de ser conocer la realidad de los niños y de sus familias: miran mucho la televisión o poco, qué programas les gustan más, qué utilización le dan, etc.

Para actuar sobre esta realidad es necesario que la escuela también se prepare: elaboración de un criterio unitario sobre el tratamiento que se ha de dar a la imagen y formación en el lenguaje de la imagen. Estos dos factores organizan y vertebran el trabajo de la imagen.

La televisión ocupa un lugar extraño en la reflexión y en la práctica educativa. Es un medio a la vez estimado y odiado; estimado por la utilización que se hace a través de la “televisión educativa” y los programas de educación a distancia, así como por el reconocimiento de su importancia; odiado, por su inmenso poder para crear opinión, por el tipo de cultura que transmite y por los efectos de adicción que tiene.

No puede sorprender que esta ambivalencia la haya colocado en una posición difícil y que tanto el número como la calidad de investigaciones educativas sobre la televisión sean muy pequeñas en relación con otros medios y tecnologías. Además, también es difícil la utilización que de ella hacen el profesorado en general y, por descontado, las propias familias. En el caso de los primeros, muchas veces es un no saber qué hacer o, simplemente, un no

hacer nada, ignorándolo, mientras que muchas familias optan por dejar que los niños vean lo que quieran.

Se ha descrito la influencia que ejerce la televisión como perteneciente a la llamada “educación informal”, es decir, el conjunto de prácticas y situaciones sociales que tienen efectos educativos, pero que no están sometidas a una planificación educativa consciente por parte de los implicados (la propia familia, los amigos, los medios de comunicación, etc.). Es obvio que la interacción en este tipo de contextos produce efectos educativos –se aprenden cosas y se modela la forma de ser- y ésta puede ser la primera idea que resalta sobre la televisión por más que no le prestemos atención o no sepamos qué hacer con ella, ya que sus efectos sobre los niños son muy amplios e importantes. Pero, por otra parte, enfatizar la idea de la televisión como “educación informal” puede resultar demasiado amplia e imprecisa. ¿Cuáles son los aspectos específicos de la televisión desde una perspectiva pedagógica? ¿Cómo pueden derivarse de ella líneas de actuación educativa? Estas preguntas centrales no son fáciles de responder, sobre todo porque son extraordinariamente complejas y también porque han sido poco estudiadas.

De entrada es difícil separar la apreciación ideológica de los medios de comunicación en general, y de la televisión en particular, de su valoración pedagógica. El juicio general sobre los medios de comunicación suele ser muy crítico, en especial entre el profesorado y los intelectuales, y por descontado, hay razones para ello.

Las principales críticas en cuanto a los contenidos que transmite la televisión son: la violencia en informativos y películas; sistemas de valores capitalistas en los concursos, series, etc.; la publicidad; el exceso de dibujos animados esquematizados en la programación infantil; unos referentes muy poco “culturizadores” y; una adecuación escasa a la mente infantil.

Alrededor de cada aspecto hay una compleja polémica que en algunos casos se ha acentuado, como el tratamiento del tema de la violencia televisiva, o el sexismo en la publicidad y el propio lenguaje de los informativos. No obstante, las consecuencias prácticas de la crítica teórica sobre la televisión han sido pocas, ya que una cosa es la crítica ideológica y otra muy diferente las consecuencias pedagógicas.

Básicamente, el discurso sobre la televisión como transmisora de una ideología, como reflejo del poder, está hoy en día pasado de moda. Asimismo, las propuestas educativas que, partiendo de esas premisas, sólo ofrecen una contratelevisión, han quedado muy alejadas de cualquier realismo.

De hecho, cualquier pedagogía de la televisión ha de tener muy en cuenta guiar en el descubrimiento o en la imposición de los significados “verdaderos” de la televisión. Hay que pensar que la crítica cultural sobre la televisión se ejerce siempre desde la posición adulta de quien comprende, intelectualmente, los defectos y distorsiones del medio. Por eso sólo contempla los aspectos cognitivos y olvida otros muy importantes como, por ejemplo, el placer del espectador, la fascinación por la imagen, lo que es puramente estético (para el niño), o el sentimiento de grupo que provoca el hecho de comentar los programas que han visto.

Una buena parte del currículo escolar sobre los medios de comunicación plantea que hay que enseñar a los niños algo así como la “gramática oculta” de los medios.

Si los medios de comunicación en general, y la televisión en particular, han sido durante las dos últimas décadas los enemigos públicos de algunas concepciones pedagógicas, ya va siendo hora de relativizar su importancia a la hora de conocerlos mejor y, sobre todo, de no fundamentar nuestras prácticas educativas en posiciones exclusivas de rechazo.

LA INFLUENCIA DEL CINE Y LA PUBLICIDAD EN LA INFANCIA.



Podemos observar que la función publicitaria de los medios de comunicación tiene un doble aspecto difusor:

1. Realiza una función ideológica que propone unos estilos de vida, pensamiento y conducta, que son un compendio de los valores propios de esta sociedad.
2. Vehicula unas manipulaciones que se pueden sistematizar en:
 - ✚ La aceptación como válido de lo que es público y la sociedad acepta;
 - ✚ El empleo de elementos no verbales, ante los cuales tenemos menos recursos críticos y con respecto a los cuales la realidad resulta muchas veces comparativamente desfavorecida.

Respecto al niño, conocemos que, tradicionalmente, el proceso de socialización les afectaba, sobre todo, en los primeros años, a través de los grupos primarios (familia, escuela, entorno social). Pero en la actualidad, los niños se ven sometidos, desde su periodo prenatal incluso, a unos estímulos psicológicos que ya le seguirán durante toda su vida. De este modo los “mass-media” (incluido el cine) y la publicidad difundida a través de ellos, se constituyen en agentes que contribuyen a la socialización del niño, ya que a través de sus contenidos van presentando una serie de situaciones, sucesos y acontecimientos que le permiten adentrarse en el conocimiento social.

El dinamismo actual de la publicidad, sobre todo, a través del medio televisivo, y su incidencia en la infancia desde los primeros años, nos induce a reflexionar sobre si no serán los anuncios publicitarios los que determinan una psicología del comportamiento tendente a la uniformización cultural, al consumo y a la pasividad, al actuar durante años de manera constante y acumulativa sobre la mentalidad de la persona.

El niño es partícipe de todo este proceso sin apenas hacer nada, y, por supuesto, la escuela debe ofrecer posturas críticas frente a la manipulación comunicativa.

El impacto publicitario sobre el niño se produce sobre las mismas estructuras cerebrales y de la misma manera que en el adulto. La diferencia es sólo de grado y debida al hecho de que el proceso de corticalización que se va produciendo en el transcurso del tiempo en el niño, por regla general, está menos avanzado que en un adulto.

La brevedad, dinamismo e intensidad de los anuncios atraen extraordinariamente a los niños. El niño puede jugar teniendo a la televisión de fondo sin prestarle la menor atención hasta que aparece el bloque de los anuncios y de su “comunicación persuasiva”.

Es indudable, que los efectos de la publicidad sobre el niño dependen de muchas variables personales y ambientales. Así como que la publicidad que busca la audiencia infantil también incide directamente en los adultos, que son los que tienen la capacidad de comprar.

También tenemos que interrogarnos acerca de la presentación de la publicidad para niños, siempre vinculada a mundos irreales y maravillosos, llenos de efectos especiales, pese a la existencia de normas reguladoras para la publicidad de los juegos.

En síntesis, los efectos de la publicidad del niño son grandes ya que la publicidad influye en las primeras edades tanto en la creación de los sistemas de significados y valores sociales como en la creación de determinadas pautas comportamentales. Los principios directivos de la sociedad, su sistema de valores, se reflejan en los mensajes publicitarios como un instrumento para categorizar los sucesos sociales y dirigir normativamente la conducta de los receptores. Las situaciones sociales, los personajes y los roles que éstos desempeñan aparecen revestidos por los valores socialmente dominantes, dotando a los mensajes publicitarios de una valoración simbólica que va mucho más allá de los fines estrictamente comerciales.

El éxito social del juguete publicitario es un mensaje muy claro. El niño que accede a la posesión del juguete, también ha obtenido un “plácet social”, ya que actúa conforme a los mensajes emitidos: tener más amigos, poseer el muñeco que sale en la tele, poder ver en la tele la serie de dibujos animados de los que el muñeco del niño es el protagonista, etc. De esta manera, la valoración de cierto tipo de juguetes publicitarios hará que el niño “prefiera” como amigo al compañero que más juguetes posea, y que lo valore más positivamente que al niño que posea menos.

Otra cuestión es la propia valoración de los juguetes que, a menudo, defraudan las expectativas del niño. Esto se produce, sencillamente, porque el niño no ha podido discriminar los “efectos engañosos de la publicidad”. El niño imagina que su “marine” de juguete lleva incorporado todo el entramado de decorados que la publicidad oferta, y que distorsionan la imagen del propio juguete y de sus accesorios. Pero la finalidad de la publicidad ha sido conseguida, pues no se trata de pensar en el juguete como un medio motivador y estimulador del juego; se trata de tener el juguete, de poseerlo y cuantos más mejor.

Los postulados de los educadores en torno al entronque de la publicidad en una teorización del conocimiento y del comportamiento en el niño, aluden a unas actitudes activas y críticas frente a la avalancha diaria de la publicidad.

¿Qué puede postularse por parte de la escuela? Preconizamos una educación que haga a los niños activos y críticos frente a los mensajes de la comunicación y, especialmente, de la publicidad. Para ello pueden establecerse tres líneas de acción:

- a) Educar hombres de criterio hechos para la libertad, y no para los estereotipos sociales que los medios publicitarios proponen.
- b) Educar en los audiovisuales, mostrando al niño como funcionan, cuáles son sus objetivos y cómo pueden ser analizados sus contenidos. Frente a la manipulación de la publicidad el educando puede esgrimir el arma de la reflexión.
- c) Practicar una gimnasia de la atención que posibilite adueñarse de lo que se está mirando en la televisión. Es decir, buscar una atención voluntaria, consciente y crítica, y que parta de un previo criterio selectivo, frente a una atención espontánea y vegetativa.

CRITERIOS DE SELECCIÓN Y UTILIZACIÓN DE MATERIALES AUDIOVISUALES Y DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS EN EDUCACIÓN INFANTIL.

Los medios, como instrumentos curriculares, adquirirán sentido y vida pedagógica en función del currículum en el que se inserten, siendo el profesor el elemento clave para su concreción, en el diseño curricular. Él con sus percepciones hacia el medio y con las formas en que lo utilice, determinará la concreción del medio en el plan curricular.



Los contenidos, son un elemento clave a considerar, ya que como indica Wheeler (1976), pueden dar lugar a diferentes tipos de aprendizaje. Los figurativos a un pensamiento intuitivo, los estructurales a uno técnico, los semánticos a uno verbal y los conductuales a uno social.

Respecto a los criterios de selección para utilizarlos en el aula Brown y otros (1977), presentan las siguientes reflexiones generales: no hay un solo medio que sea óptimo para todos los fines, el uso de los medios debe relacionarse con los objetivos que se pretenden alcanzar, los usuarios deben familiarizarse con el contenido de los medios, deben ser adecuados para el formato de enseñanza, deben corresponder a las capacidades y los estilos de aprendizaje, no son buenos o malos por el hecho de ser concretos o abstractos, deben elegir criterios objetivos y las condiciones físicas que rodean las aplicaciones de medios afectan en grado significativo los resultados.

Anderson (1976), ha desarrollado un amplio algoritmo para la selección de los medios, compuesto de seis pasos: diferenciación entre información e instrucción; determinación del método de transmisión diferenciado entre ayudas y medios; determinación de las características de la selección, contemplando objetivos y contenidos; selección inicial de un medio en base a las secuencias anteriores; análisis de las características del medio seleccionado en función de las premisas anteriores; y evaluación del medio en el acto instruccional concreto.

Gerlach y Ely (1979), por su parte, proponen cinco criterios para elegirlos: adecuación (¿es el medio adecuado para cumplir la tarea definida?); nivel de complejidad (¿se encuentra el medio en el nivel correcto de comprensión para

los alumnos?); costo (¿justifica el aprendizaje el costo del medio educacional?); disponibilidad (¿los materiales y el equipo están a nuestra disposición cuando se les necesita?); cualidad técnica (¿es aceptable?, ¿es legible?, ¿visuable?, ¿audible?)

Por su parte, Dick y Carey (1978), ofrecen los siguientes criterios: tipo de aprendizaje; disponibilidad, posibilidad de diseño de “software” para el medio por el profesor y/o los alumnos; flexibilidad, resistencia y comodidad o ventajas del “software” específico del medio a un uso singular por parte del profesor; relación costo-eficacia en comparación con otros medios.

De lo dicho, podemos establecer algunas bases para la selección de medios por el profesor:

- ✚ La selección de los medios debe hacerse teniendo en cuenta los objetivos y contenidos que se desean alcanzar y transmitir.
- ✚ Las predisposiciones que alumno y profesor tengan hacia el medio, pueden condicionar los resultados que se obtengan.
- ✚ El contexto instruccional y físico es un elemento condicionador, facilitando o dificultando la inserción del medio.
- ✚ Las diferencias cognitivas entre los alumnos pueden condicionar los resultados a alcanzar y las formas de utilización.
- ✚ Los medios deben propiciar la intervención sobre ellos, por el profesor y los alumnos.
- ✚ Las características técnicas del medio y sus parámetros de calidades es una dimensión a considerar.
- ✚ Antes de pensar en términos de qué medio, debemos plantearnos para quién, cómo lo utilizaremos y qué se pretende con él.
- ✚ En la medida de lo posible seleccionar medios que permitan la participación del profesor y el alumno en la construcción de los mensajes.
- ✚ Las calidades técnicas, facilidad y versatilidad del medio, deben ser también contempladas.

Por último, no debemos olvidar que el costo de la adquisición y del mantenimiento será una dimensión relevante para su introducción en el aula.